



www.loqueleo.es

Título original: *Das Camp de Unbegabten*

© Thienemann in Thienemann-Esslinger Verlag GmbH, Stuttgart

© Del texto: 2021, Boris Koch

Ilustración de cubierta de Kerstin Schürmann

© De la traducción: 2021, Marinella Terzi

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-408-2

Depósito legal: M-2992-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

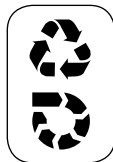
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**CAMPAMENTO PARA
NO CAPACITADOS**

**BORIS
KOCH**

loqueleg

*Para los amigos que tenía en el colegio.
Y para los que tengo en la actualidad.*

Boris Koch

El principio fue un salto

Probablemente todo el asunto del campamento Acción para No Capacitados comenzara la noche en la que Bjarne Leander Fuchs saltó con su mejor amigo Luca Voss desde el viejo puente de tablones negros. Era a principios de abril, hacía un frío desapacible y estaba tan oscuro como en el interior de la trompa de un elefante. Unas nubes densas cubrían el fino cuarto de luna y las estrellas.

Cuando Bjarne y Luca se asomaron por encima del pretil cubierto de arañazos, no vislumbraron el Wertach fluyendo bajo ellos en la oscuridad de la noche, tan solo se oía el murmullo de sus aguas.

—Hasta abajo habrá más de diez metros —dijo Luca—. Suelo fijarme cuando pasamos por el puente, cada vez que mi padre me lleva en la moto a los entrenamientos.

—Diecisiete metros cuarenta y dos —respondió Bjarne. Esa tarde lo había comprobado con una plomada para cerciorarse de que la altura era mayor que la del trampolín de diez metros de la piscina. Saltar una decena de metros era divertido, pero ellos no estaban allí

para divertirse—. Dos, tres centímetros arriba o abajo, dependiendo del nivel de las olas.

—Diecisiete metros —repitió Luca con respeto.

—Cuarenta y dos —completó Bjarne.

—Nunca lo habría dicho.

—Yo tampoco. Pero lo he medido dos veces, por si acaso. —Tres, si se tenía en cuenta la medición equivocada de trece metros doce, y hasta cuatro, si añadía la última vez, esa en la que soltó la plomada de su padre, que desapareció en el río.

8

Se quedaron en silencio, y el viento arreció. En ambas orillas sisearon las hojas de los árboles; luego el viento amainó inesperadamente.

—Es alto del copón. —Luca proyectó la luz de la linterna hacia las profundidades. El reflejo brilló sobre las olas diminutas.

—Tiene que haber altura, si queremos volar —aseguró Bjarne, aunque no lo supiera con precisión. No podía saberlo porque, en lo referente a las capacidades especiales que aparecían en los adolescentes de un día para otro, todo eran simples conjeturas. No había normas generales establecidas para alcanzar la capacidad de volar, la de hacerse invisible o la de encender una llamita en la yema del pulgar. Pero Bjarne quería volar a toda costa, y para ello haría cualquier cosa, arriesgaría lo que fuera. Incluso, guiándose por conjeturas nada fiables.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó Luca.

—No hay nada seguro —dijo Bjarne encogiéndose de hombros.

Luca suspiró y apagó el móvil.

—Da lo mismo, hagámoslo —concluyó.

Bjarne asintió, pero no hizo ningún amago de subirse al pretil. Fijó la vista en la oscuridad y tiró una piedrecita al vacío. No la oyó al contacto con el agua. «Es alto del copón».

De todas formas, saltaría. No quería seguir siendo ese chico normal que nunca llamaba la atención. Sacaba notas del montón, se apañaba mal que bien con la consola, jugaba al fútbol medianamente bien y tocaba la guitarra asquerosamente mal... Por suerte para sus vecinos, lo hacía de uvas a peras. Era de estatura mediana, tenía un pelo rubio oscuro poco llamativo y los ojos gris azulados... normalitos a tope.

«Eres tenaz, eso no es normal», le había dicho Luca en una ocasión, «y aguantas lo que te echen, eres valiente y tienes instinto». Pero Luca era su mejor amigo y no podía mostrarse ecuánime, así que Bjarne no estaba seguro. De lo que sí estaba seguro era de que no podía volar.

¡Todavía!

Bjarne conocía un montón de teorías sobre cómo desarrollar esas capacidades, y la teoría onírica de las capacidades afirmaba que en cada uno de nosotros dormitaba uno de esos poderes, solo había que despertarlo. Eso sucedía cuando este se necesitaba con absoluta urgencia. La invulnerabilidad, por ejemplo, no se activaba por un esguince de nada, sino cuando te arrollaba un tren. Y la capacidad para volar se despertaba si te caías de un avión, desde un precipicio o desde un puente elevado.

—Pero nosotros no nos vamos a caer, nos tiraremos a propósito —había comentado Luca aquella tarde.

—Eso solo lo sabe nuestra cabeza, así que no importa —respondió Bjarne, y citó las palabras del doctor Alois Herbst, un científico especialista en capacidades—: Tenemos que engañar a nuestros cuerpos y a nuestro subconsciente, con eso basta, porque la capacidad proviene de allí. Si estuviera en nuestra conciencia, seríamos conscientes, ¿no?

10 —¿Eh? ¿Qué?

—Significa que tenemos que tirarnos desde un sitio tan alto que no nos divierta, sino que nos dé miedo.

—Estupenda teoría —murmuró Luca, pero no se echó atrás, era un amigo de los de verdad.

Y por eso estaban ahora allí, en ese puente exageradamente alto, en medio del frío y la oscuridad. Nadie en sus cabales saltaría desde ese lugar por propia iniciativa, y Bjarne esperaba que su subconsciente también lo viera de esa manera. Su conciencia, por lo menos, no quería saltar.

—Imagínate que dentro de nosotros late otra capacidad que se despierta por equivocación —dijo Luca de repente, riéndose—. La de caminar por encima del agua, por ejemplo, y cuando vamos a zambullirnos, el agua está dura como el asfalto.

Bjarne también se rio.

—O que provoquemos que el agua hierva en tres segundos —añadió.

—Que transformemos el agua en oro. ¡Bum!

—Genial. Esa sería la teoría de la ley de Murphy. La capacidad se despierta justo en el instante en que no se la necesita para nada.

La risa de Luca enmudeció.

—¿Existe esa teoría? —preguntó.

—Claro. Hay todo tipo de teorías. Pero esa sí que es solo una teoría, y en ella solo creen los que están mal de la olla. Nunca ha sucedido algo así.

—Vale. —Luca asintió, pero su tono sonó inseguro—. Tal vez puedas atraer a los peces mágicamente, como la Caña de Pesca Humana, y de pronto estás en medio de un banco que te arrastra.

—O a los cangrejos de río que traten de pillarte...

—O transformas el agua en vino, y de repente todos los peces están pedo.

Se reían cada vez más y más fuerte, se reían para no dejarse llevar por el miedo. No podían ahuyentarlo del todo, y eso era bueno, porque lo necesitaban.

Bjarne se quitó la chaqueta, la colgó del manillar de la bici y deseó que la teoría de la ley de Murphy fuera realmente una chorrada. Tuvo un escalofrío —la predicción preveía alcanzar los bajo cero de madrugada—; pese a ello, colgó la bufanda junto a la chaqueta.

Empezó a lloviznar.

—Qué asco de tiempo —comentó Luca, y se deshizo de la chaqueta también.

—Está bien —replicó Bjarne—. Cuanto peor tiempo haga, más fácilmente engañaremos a nuestro subconsciente.

—Si tú lo dices. —Luca echó una mirada dubitativa a su *smartphone*. Más valía no saltar al agua con él—. ¿Y si viene alguien y nos roba los móviles?

—Aquí no viene nadie por la noche —dijo Bjarne—. Y menos, si llueve.

Pero, para mayor seguridad, llevaron las bicis tras los arbustos de la orilla para que no se vieran desde el sendero. Metieron los móviles en los bolsillos de las chaquetas.

12 —Tío, el agua estará helada cuando nos zambullamos en el río. —Luca empezó a girar los brazos como aspas mientras regresaban al puente.

—Pues no te metas en el agua, ¡vuela! —respondió Bjarne. Temblaba y cada vez tenía más miedo, genial.

—Sssh —susurró Luca—, que no te oigan nuestros subconscientes.

—No lo harán —dijo Bjarne haciendo un gesto con la mano—. He leído que solo nos comunicamos con ellos durmiendo o bajo hipnosis.

Luca asintió, pero era imposible ver su gesto en aquella oscuridad.

—¿Y si en mí late otra capacidad? —quiso saber.

—Depende de la capacidad. Si estás a punto de ahogarte y tienes la capacidad de respirar bajo el agua, saldrá a relucir.

—¿Y si no?

—Pues entonces sal a la superficie enseguida. —Bjarne se rio, pero la idea le provocó miedo—. Si eres resistente al fuego, entonces...

—No lo soy —le interrumpió Luca—. Ya lo probé.

—Es verdad, uf. —Bjarne recordó las cicatrices rojas que Luca tenía en el antebrazo.

—Sí. —Luca posó las manos sobre la barandilla—. Respirar debajo del agua sería la caña. Podríamos buscar tesoros en el mar o nadar con los delfines.

—Claro. Pero yo prefiero volar.

—Yo no le haría ascos a ninguna capacidad —murmuró Luca, y Bjarne supo por qué.

Dos años atrás, estando en el FC Augsburg, a Luca acabaron eliminándolo de la competición de la U13 y también falló en la prueba de acceso al 1860 Múnich porque tenía décimas y estaba de los nervios. El resultado fue que no logró plaza en la residencia deportiva y le confesó a Bjarne que estaba convencido de que jamás lograría ser futbolista profesional. Ante todo el mundo se mostró confiado y permitió que su padre le repitiera una y otra vez los nombres de todos los que habían logrado maravillas en la Bundesliga pese a no tener formación profesional. Sus padres llevaban años repitiéndole que era especial, que podría ser una estrella y ya no había manera de que cambiaran de opinión. Por lo visto, días antes un ojeador del Bayern había presenciado un partido y Luca había jugado como llevaba tiempo sin hacerlo, pero después nadie había ido a hablar con él o lo había llamado por teléfono.

«Antes o después seguro que aparecerá», le decían todos, dándole en la espalda, y Luca sonreía, pero Bjarne sabía que no creía en esa posibilidad. Si desarrollaba una capacidad, ya no precisaría demostrar nada en el fútbol, sería especial y estaría libre de presiones.

Hacia cosa de veinte años habían aparecido las primeras capacidades en distintos adolescentes entre los once y los diecisiete años. Poderes inexplicables, casi como los de los superhéroes de los cómics. Enseguida empezaron a mostrarlas en espectáculos y a codearse con famosos, si tenían la edad para ello. Todos querían ser sus amigos. Recibían formación y trabajo, porque todas las grandes marcas querían contar con un capacitado..., aunque solo fuera por la buena imagen que les otorgaba.

Muchos capacitados alcanzaban la independencia y vivían de ser una estrella. Creaban su propia marca y tenían un sinfín de seguidores, fans y amigos en todas las redes sociales. Se convertían en *influencers* y hacían publicidad, fundaban empresas, producían *merchandising* o creaban historias que ellos mismos protagonizaban en cómics, libros, videojuegos, audiolibros, películas o series televisivas.

Había capacitados que llegaban muy lejos en diversos ámbitos de la vida: la política, la ciencia, la economía y el arte. Solo en el deporte no, ahí cualquier capacidad se consideraba dopaje. No tenía sentido participar en una competición de salto de longitud si uno de los atletas podía volar. Tampoco en un combate de boxeo si el contrincante era invulnerable.

Así que, si Luca llegaba a ser un capacitado, ya no tendría que convertirse en profesional. No serlo no supondría un fallo, sino la norma... y, de todas formas, sería una estrella.

A Bjarne lo que le interesaba era volar. Si eso lo transformaba en estrella, pues muy bien, pero lo principal era volar.

Se apoyó despacio en la barandilla, al lado de Luca, y fijó la vista en la noche. La madera estaba fría y húmeda.

—¿Sabes? A veces me pregunto qué pasaría si dentro de una persona dormitara más de una capacidad.

—Solo una capacidad por capacitado —le recordó Luca—. Nadie es Superman.

—Sí, lo sé. Pero ¿y si posees varias ocultas y solo se manifiesta una? ¿Si en ti dormita la capacidad de volar, pero tú nunca la desarrollas, porque primero tratas de encontrar trufas a través del olfato como si fueras un cerdo, y resulta que la tienes? ¿Si te quedas con una capacidad muermo total tan solo porque has sido demasiado cobarde para saltar? Me da pavor el asunto.

—¡Estás pirado! ¡Un don es un don! —Luca le dio un puñetazo cariñoso en el hombro—. ¡Tendrías que sentirte feliz con cualquiera! A veces esperas demasiado de la vida.

—¿Por qué demasiado? Volar es mejor que rastrear trufas, ¿no te parece?

—Las trufas son carísimas, creo. —Luca hizo una mueca, luego se interrumpió—: Un momento, ¿cómo se desarrolla la habilidad de rastrear trufas según la teoría onírica de las capacidades? No hay ninguna situación en la que se necesiten trufas imprescindiblemente, ¿no? En la que te vaya la vida en ello. ¡Así que toda esa teoría es absurda!

—No, no, para esos casos existe la teoría de las multiteorías. Se basa en que cada capacidad se desarrolla de forma diferente y que, por consiguiente, las distintas teorías...

—Pronto habrá más teorías que capacidades —dijo Luca suspirando.

—¿Pronto? —Bjarne se rio—. Si cuentas las teorías alimentarias, ya pasa.

—¿Cómo puedes estar al corriente de todo eso?

16 —Porque lo que quiero es llegar a volar en algún momento.

Luca asintió y respiró hondo. Bajo ellos, el agua rompía contra los pilares del puente.

Bjarne se sentó sobre el pretil y balanceó las piernas sobre el río. Seguía lloviznando. A lo lejos oyó el timbre de su móvil, pero no le prestó atención. Tenía frío, pero tampoco le prestó atención; el hecho solo indicaba que no era resistente al frío..., por lo menos, no todavía.

—Ahora solo tenemos que planear la mejor manera de engañar a nuestro subconsciente. Para que crea que nos hemos caído en lugar de tirarnos.

—Creo que sé cómo —respondió Luca sentándose a su lado.

—¿Cómo?

—Muy fácil —dijo Luca—. ¡Así! —Le pegó un empujón sin prevenirlo y saltó gritando después.

Bjarne chilló y se precipitó manoteando en la oscuridad. Luego se rio y se sintió de pronto liviano y libre, valiente y muerto de miedo, todo a un tiempo. Iba muy

deprisa, y al mismo tiempo parecía hacerlo a cámara lenta. Sus temores se desvanecieron, y por una milésima de segundo se sintió más vivo que nunca. No sabía si tenía que pegar los brazos al cuerpo como Skyblue Sky, estirarlos hacia delante como Superman o abrirlos como un pájaro. Llevaba años pensando en volar, soñando, imaginándolo una y otra vez, pero llegaba el momento decisivo y no sabía qué hacer con los brazos.

«Da igual», pensó, y luego con todas sus fuerzas: «¡Vuela! ¡Vuela! ¡Vuela!».

17

Sin embargo, caía hacia las profundidades. El viento soplabla más fuerte y tiraba de su ropa, pero puede que se lo pareciera porque él se precipitaba hacia abajo.

«¡Vuela!».

En algún punto por detrás, por encima, junto a él, oyó que Luca gritaba:

—¡Vaya idea de mierda!

—¡Vuela! —bramó Bjarne.

Seguían cayendo cada vez más deprisa.

«¡Por favor!», pensó Bjarne. «Por favor, por favor, por favor», aunque no sabía a quién implorar en cuestiones de vuelo. «Tengo que volar, ¡tengo que hacerlo sin más!».

Luca se estaba carcajeando como un loco y, de repente, gritó:

—¡Cerdo trufero!

Bjarne quiso maldecir para deshacerse de su ira, pero ya era tarde. Se zambulló en el Wertach y lo envolvió el frío. El agua helada se le metió en la boca. Y se raspó la pierna derecha con una piedra de bordes afilados o con

un trozo de metal, luego el pie se le dobló a un lado y lo recorrió un dolor agudo.

«Roto», pensó, «se me ha roto algo», y gritó, pero de su boca salieron solo unas burbujas sin sentido. Se le metió agua en la boca, también en la nariz, y se le pasó súbitamente una idea por la cabeza: «¡Así que tampoco puedes respirar bajo el agua!».

18 Lo zarandeó un remolino de agua y dejó de saber dónde era arriba y dónde abajo. ¡Aire, necesitaba aire! Le dolía el pie, la mano derecha chocó contra una piedra y sintió un pinchazo. El sitio en el que estaba la piedra, eso era abajo, tenía que salir de ahí. Buceó a través de la oscuridad, se le metió más agua en la nariz, se le extendió el dolor, el miedo se apoderó de él, por fin salió a la superficie y jadeó para recuperar el aliento.

La oscuridad no le permitía ver nada, y apenas oía. Tenía los oídos llenos de agua. La corriente lo empujaba, sintió un calambre en la pantorrilla sobre el pie roto, la pierna dejó de obedecerle. El frío omnipresente lo estaba paralizando.

Por detrás de él, Luca repetía una y otra vez:

—¡Qué frío! ¡Qué frío! ¡Qué frío!

Bjarne gritó:

—¡Mi pierna! ¡No puedo nadar!

—¡¿Dónde estás?!

—¡Aquí! —El grito se ahogó a causa del agua que penetró en su boca cuando volvió a hundirse.

—¡¿Dónde?! —La voz de Luca parecía llegar de muy lejos, llena de miedo.

Bjarne burbujeó algo ininteligible. Braceó y pateó con la pierna sana, pero el frío lo atenazaba, el dolor, la ropa pesada.

—¡Aguanta! ¡Voy!

Avanzaba, se hundía bajo el agua, emergía y aspiraba.

—¡Aquí! —Bjarne pronunciaba palabras una y otra vez para que Luca pudiera encontrarlo en medio de la oscuridad, pero el Wertach rugía, y Bjarne temía no aguantar mucho más sobre el agua, tan solo unos segundos. La ropa empapada colgaba pesada de su cuerpo, saltar había sido una idea estúpida, una teoría estúpida, y volvió a hundirse, esta vez mucho más abajo, y entonces reconoció una silueta a su lado, algo lo agarró y tiró de él hacia arriba.

¡Luca!

Agarrándolo con fuerza, Luca lo mantenía fuera del agua y tiraba de él por la oscuridad. Jadeaba y resoplaba por el esfuerzo, seguro que el frío también agarrotaba sus músculos. Bjarne trató de ayudarlo, pero el dolor era demasiado penetrante.

Por fin sintieron el suelo bajo sus pies. Agarrados uno a otro, siguieron avanzando y alcanzaron la orilla, temblando y tambaleándose, Bjarne cojeando de una pierna. Poco a poco el calambre se amortiguó.

—Gracias —murmuró y vomitó el resto de agua. Pero tenía la impresión de haber tragado tres litros de río y dos peces. Cuando trató de pisar con el pie herido, un dolor terrible le hizo gritar. Se tambaleó y cayó sobre la vegetación de la orilla antes de que Luca pudiera sujetarlo.

—¡Cuidado!, son ortigas —avisó.

Pero Bjarne ya lo había comprobado; la mano y la cara le escocían. Soltó una maldición. No bastaba con que tuviera el pie roto, además, ¿tenía que ir a parar a un lugar de la orilla por el que no se podía trepar? Toda la ribera que alcanzaba su vista estaba llena de ortigas. Luca lo ayudó a levantarse.

—¿Y ahora? —preguntó Bjarne, y soltó un estornudo.

20 —Chitón. —Luca siempre profería esa interjección infantil en vez del «salud» acostumbrado.

Bjarne volvió a estornudar.

—Chitón, ya te lo he dicho.

—Yo... —Y estornudó una tercera vez.

—No te lo voy a decir más —dijo Luca, y entonces fue él quien estornudó.

—¡Chitón! —gritó Bjarne, y ambos se pusieron a reír pese a todo, pese al dolor, pese al frío y pese a que ninguno de los dos hubiera desarrollado una capacidad.

—Ven —dijo Luca, y lo llevó dos pasos atrás. Fuera de la zona de ortigas. Luego, mano a mano, subieron pendiente arriba en dirección al puente. Mientras, iban estornudando y ordenándose «¡Chitón!» alternativamente.

En el puente no había ortigas, por allí podrían subir.

—Mis padres tienen invitados, no quiero llamarlos —dijo Bjarne antes de llegar donde estaban las bicis y los móviles—. ¿Pueden venir los tuyos a buscarnos?

—Malamente.

—¿Malamente o no?

—Más bien no —dijo Luca en voz baja y sin mirarlo.

—No hay problema —respondió Bjarne, y no preguntó más, las cosas a veces eran así. Cerró los ojos un momento y trató de volar, porque en ese instante realmente habría sido de mucha utilidad, pero no funcionó. Así que trepó a cuatro patas con la ayuda de Luca. Pese a la oscuridad, su amigo encontraba siempre dónde apoyarse.

Arriba, Luca fue a buscar las bicis a los arbustos, y se pusieron las chaquetas sobre la ropa mojada, que estaba fría y se pegaba a la piel. Bjarne se montó con dificultad. Pisaría solo con un pedal, y mañana pensaría cómo hacer que su capacidad aflorara incluso estando herido. ¡Volaría!

21

Dejó de llover, pero el viento arreció y soplaba gélido sobre ellos. Estornudaron al mismo tiempo, y dijeron al unísono: «¡Chitón!».

Había siete u ocho kilómetros hasta el hospital.